

Fernández, Víctor Manuel

*Una actividad misionera que promueva una
santidad comunitaria y social*

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor y de la editorial para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

FERNÁNDEZ, Víctor M. “Una actividad misionera que promueva una santidad comunitaria y social” [en línea], en FERNÁNDEZ, V. M. y GALLI, C. M., *La nación que queremos : propuestas para la reconstrucción*, Buenos Aires, San Pablo, 2004. Disponible en:

<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/rectorado/actividad-misionera-promueva-santidad-comunitaria.pdf>

[Fecha de consulta:.....]

(Se recomienda indicar al finalizar la cita la fecha de consulta. Ej: [Fecha de consulta: 19 de agosto de 2010]).

La clave para leer la actualización de las *Líneas*:
Una actividad misionera que promueva
una santidad comunitaria y social

VÍCTOR MANUEL FERNÁNDEZ

¿Qué ofrece la actualización de las *Líneas Pastorales* a nuestra Patria en esta situación en la que intentamos salir de una profunda crisis nacional? El aporte fundamental no está en la cantidad y variedad de propuestas, sino, más bien, en el intento de poner el acento donde es más necesario ponerlo, con el fin de crear las condiciones que hagan surgir una nueva Nación.

El propósito de este artículo es ofrecer la clave fundamental para poder interpretar correctamente *Navega mar adentro*. Algunos no alcanzan a valorar la riqueza y el aporte novedoso de este documento por pedirle lo que no pretende dar, pero principalmente por no llegar a captar la fuerza de su eje hermenéutico, que le confiere su sentido más profundo.

1. Contexto y acento transversal

Frente a la crisis de nuestra Patria, se advierte, ante todo, el riesgo de la disgregación y del debilitamiento de los valores comunitarios y sociales. Por eso, se ha querido poner el acento en los aspectos comunitarios y sociales de la doctrina y de la moral cristianas, asumiéndolos claramente en los criterios y acciones pastorales.

En todo el documento, hay un fuerte acento transversal en esos valores fundados en el misterio de la comunidad divina: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Ése es el eje que otorga su sentido unitario y estructurante a todo el documento.

En este documento, subyace la convicción de que lo que ha sucedido en nuestra Patria, en los últimos años, tiene que ver con una escasa pasión por el bien común. El individualismo origina todo tipo de males, desde el incumplimiento de los deberes ciudadanos en la población en general, hasta los altos grados de corrupción en la política. Sólo una pasión por el bien común puede evitar que alguien caiga en el círculo vicioso y contagioso de quienes buscan su conveniencia a costa de los demás.

Por lo mismo, no es posible un crecimiento auténtico en lo político y social, si no hay una sincera maduración en el aspecto comunitario, si las personas no descubren que sólo pueden realizarse en comunión con los demás, que no hay bien particular sin el bien común, que no hay verdadera vida humana y cristiana, si no se desarrollan actitudes comunitarias.

Los cambios políticos y estructurales no resolverán definitivamente los grandes problemas de la Patria, si no están sostenidos por una fuerza profundamente social y ciudadana que marque las entrañas de los dirigentes y del pueblo en general.

Bajo esta luz, hay que leer las particularidades de *Navega mar adentro*, que propone que nuestra predicación, nuestra espiritualidad, nuestra acción pastoral, sean firmemente comunitarias. De ese modo, podremos ofrecer un aporte a la comunión social, restaurando los vínculos fraternos y superando el individualismo que radica en la base de los grandes males sociales.

No es un texto que ponga un acento en lo social olvidándose de Dios. Su propuesta es más bien la de unir íntimamente la dimensión trascendente y la dimensión social del ser humano.

Por una parte, se propone un encuentro con el amor de Dios (5) diciendo que la amistad con él es "la máxima perspectiva de la dignidad humana" (6); se invita a un trato frecuente con el Resucitado (7); se habla abundantemente de la Trinidad como fundamento último; se insiste en la santidad (61. 73. 79) y en la primacía de la gracia en la actividad pastoral (80), y una de las tres acciones destacadas consiste en llevar a los fieles a la plenitud de su encuentro con Jesucristo en la Eucaristía (92). El sentido trascendente de la vida está claro.

Sin embargo, al mismo tiempo, se destaca permanentemente la íntima e indisoluble unión entre esta comunión con Dios y la comunión con los demás en la Iglesia y en la sociedad, en especial, con el pobre. La santidad es comunitaria y social; la espiritualidad es misericordia y comunión.

Aquí se enuncia: Nada sin Dios, que es el fundamento último de nuestra dignidad; pero se trata de un Dios que es comunión y que llama a la comunión, con sus exigencias de fraternidad, solidaridad, justicia, servicio.

2. El valor comunitario del consenso

Los detalles que el texto contiene, y otros que podría contener, no modifican este eje transversal que surca todo el documento, y que está expresado insistentemente y de muchas maneras.

Sin pretender recoger las variadas inquietudes de todos los obispos, es un documento consensuado, que así es asumido por todos. Es importante saber que antes del texto, hoy editado, fueron rechazadas varias redacciones, y hubo 18 versiones antes de llegar al texto definitivo. Finalmente, al borrador aprobado se le agregaron en asamblea casi 500 modos, y sólo así, se llegó a su aprobación -casi unánime-, después de más de tres años. Su gran valor es el de explicitar un consenso mínimo, pero real, que permita configurar una "comunión pastoral" en la Argentina.

El consenso logrado puede aplicarse a cualquier tarea o función que se desempeñe: sea en la vida familiar, en la política, en la actividad misionera, como en la catequesis, el ecumenismo, la vida religiosa, etc. La aplicación de este consenso en sus propias diócesis será en sí misma el mejor testimonio de que los obispos están decididos a dar ejemplo de la pasión comunitaria que están solicitando al pueblo. Porque la pastoral orgánica es la traducción, en lenguaje pastoral, de la propuesta comunitaria de *Navega mar adentro*.

En una primera lectura, cualquiera podría caer en la tentación de buscar qué le falta al texto. Ciertamente le faltan muchas cosas. Cada uno de los obispos podría sugerir que, para su

gusto, habría que destacar más tal cuestión o tal otra. Precisamente, eso es lo que no se quiso hacer: un texto donde simplemente se sumaran todas las variadas inquietudes, en una mezcla que dejara conformes a todos, pero donde no hubiera nada verdaderamente común. Si se hubiese hecho algo así, entonces los catequistas de niños buscarían algún párrafo destacado sobre la catequesis infantil y, con eso, se quedarían conformes, los misioneros buscarían un punto sobre la misión "ad gentes" y, con eso, estarían satisfechos, los que están más interesados en la política buscarían un apartado sobre esa cuestión y opinarían que esa es la parte mejor lograda del documento.

Por otro lado, quienes tengan otros intereses, obviarán todos esos párrafos y se detendrán sólo en aquél que exprese lo que a ellos les inquieta particularmente. De ese modo, se habría escrito un texto mucho más extenso, más completo, pero sin verdadero consenso ni espíritu de comunión. Sería, entonces, más abarcativo, más interesante, pero inútil.

Alguno podría analizar qué palabras no aparecen en el texto, y destacaría con habilidad qué temas valiosos están ausentes. Ignoraría que, aunque las primeras redacciones de *Navega mar adentro* eran mucho más amplias y completas, los obispos no percibían que ellas expresaran un verdadero consenso.

Los obispos que trabajan particularmente en ecumenismo, en pastoral juvenil, en pastoral de la salud, en arte sagrado, en pastoral bíblica o en otras áreas, no se han preocupado por agregar al texto más párrafos donde se aborden esas áreas —por más importantes que sean—, porque han entendido que eso significaba forzar el texto. Nadie pretendió hacer un *vademécum* donde no faltara nada, ni se quiso llegar a todas las concreciones posibles de los temas enunciados. Por consiguiente, no hay que exigirle a este documento de los obispos lo que nunca pretendió brindar.

Veamos, ahora, cómo aparece en los distintos capítulos el eje que aporta sentido a todo el documento.

3. El sentido del primer capítulo, sobre la espiritualidad pastoral

En primer lugar, en *Navega mar adentro*, se enumeran las características de la espiritualidad o la "mística" que debería estimular a todos los agentes pastorales de la Argentina (catequistas, misioneros, sacerdotes, etc.), en este momento que nos toca vivir. Porque nada moviliza a las personas, si no hay una mística detrás. Eso explica por qué este capítulo se coloca al comienzo.

Allí, se destaca que nuestra espiritualidad no es una piedad individualista de personas que buscan a Dios sólo para sentirse bien y encerrarse en un mundo interior de sentimientos religiosos. Se indica que una espiritualidad adecuada debe partir del reconocimiento del amor que Dios nos tiene, pero debe expresarse en una esperanza activa y constructiva, en una profunda misericordia con el que sufre, en un sentido comunitario y en un fervor misionero vivido en las tareas de cada día.

Es decir, se propone una espiritualidad que no separe la fe de la vida social, y, así, comienza a surgir la propuesta de una "santidad comunitaria, social y misionera".

Se trata de crear un espíritu comunitario que contrarreste el encierro de las personas en sí mismas y en su propio beneficio. A diferencia del "hombre espiritual", el hombre "carnal" es aquél que se cierra a la trascendencia preso en sus propios intereses, y por lo mismo se cierra a los demás (1 Cor 3, 1-3). Se convierte en una isla, perdiendo el gozo y el consuelo de la vida compartida.

La propuesta de *Navega mar adentro* —que, para algunos, es *horizontalista*— es plenamente espiritual. No hay dudas, si leemos 1 Jn 2, 9; 3, 14; 4, 20 y si recordamos que, en la cima de la vida teologal, reside la caridad, que es, a la vez, amor a Dios y al hermano.

No se propone sólo un esfuerzo por realizar obras de misericordia, o por multiplicar reuniones para desarrollar una vida comunitaria, o por acrecentar las actividades misioneras. Justamente, por tratarse de una espiritualidad comunitaria y misionera, el texto emplea títulos como "entrañas" de misericordia, "mística" de comunión, "fervor" misionero. Es decir, propone

el desarrollo de un dinamismo interno, lleno de convicción, de pasión, de motivaciones profundas que proporcionen a las acciones un sentido comunitario sincero, espontáneo y profundo, conformando lo que Juan Pablo II ha llamado "espiritualidad de comunión" (NMI 42-43).

4. Cómo aparece este tema en los demás capítulos

Para mostrar cómo éste es el eje transversal de *todo* el documento, y para profundizar su sentido, veamos de qué manera aparece en los demás capítulos.

Capítulo 2. Los desafíos actuales

Para elaborar este capítulo se tuvo en cuenta la consulta a nuestras comunidades cristianas y la encuesta realizada por la empresa *Gallup*. Esta escucha de las inquietudes del pueblo es ya, en sí misma, una actitud espiritual comunitaria.

El primer desafío se llama "la crisis de la civilización", porque, en esta época globalizada, los problemas del país no están aislados de una crisis mundial donde los grandes valores humanos y cristianos se ven descuidados y amenazados. Pero hay que advertir que —en coherencia con el eje transversal de todo el documento— los valores que más se destacan aquí son los valores sociales. El texto se concentra en el tejido social y en los valores que más directamente lo sostienen: "La pérdida de los valores que fundan la identidad como pueblo nos sitúa ante el riesgo de la descomposición del tejido social" (25). Y se menciona, particularmente, la corrupción, la dificultad para empeñarse en lo que suponga "trabajar en equipo, formular proyectos en común y superar individualismos" (ibíd). También se indica el escaso compromiso en "el ejercicio de los deberes ciudadanos" y la dificultad para encontrar personas "con pasión por el bien común" (ibíd). El acento es claro. Se apunta al riesgo del debilitamiento de los valores comunitarios y sociales.

El segundo desafío es "la búsqueda de Dios" porque, en contra de lo que se pronosticaba, hoy, mucha gente busca a Dios y desea tener experiencias religiosas. No se destaca tanto, como

en *Líneas*, el secularismo, ya que el problema no es que los argentinos rechacen a Dios, sino el riesgo de que esa fe sea sólo un consumismo de propuestas de "bienestar interior", una fe "carente de compromisos sociales estables y solidarios" (30). Veamos, así, cómo reaparece, desde otra perspectiva, el eje transversal.

El tercer desafío es "el escándalo de la pobreza y la exclusión social", que destaca el crecimiento de la pobreza, debido a políticas neoliberales, a la corrupción y a otras causas variadas, lo cual muestra la "destructiva gravedad de los pecados sociales" (36).

El cuarto desafío es "la crisis del matrimonio y la familia", a causa de "la fragmentación presente en nuestra cultura" (40) y un "acentuado individualismo" (41). También aquí, bajo otro ángulo, resurge el eje transversal.

Finalmente, el quinto desafío es "la necesidad de mayor comunión", porque las comunidades cristianas necesitan crecer en la fraternidad, y porque la Iglesia se siente llamada a colaborar con la sociedad en la creación de espacios de diálogo y de encuentro.

Observamos cómo el individualismo y la fragmentación social unifican los cinco desafíos, y se perfila marcadamente la necesidad de promover actitudes comunitarias, sociales, solidarias. Esto se confirma cuando, más adelante, leemos lo siguiente: "Para responder a los desafíos descritos en el capítulo segundo y ser un signo transparente del rostro de Cristo, el Pueblo de Dios ha de ser una casa y escuela de comunión al servicio de la unidad de toda la familia humana" (63).

Capítulo 3. El contenido de nuestro mensaje

En el tercer capítulo, se resume el mensaje que la Iglesia quiere transmitir en nuestro país (el núcleo de nuestro anuncio). Ese mensaje sigue siendo la verdad sobre Jesucristo, el Hijo de Dios que, al encarnarse, nos muestra la dignidad de todo ser humano. No obstante, se procura ir hasta el fundamento último de esa dignidad.

Si Dios no sólo nos creó a su imagen, sino que elevó nuestra humanidad en la Encarnación hasta incorporarla en su mismo

seno divino, cuando miramos ese fundamento último de nuestra dignidad, reconocemos que ese Dios es comunidad: Es unidad absoluta, donde queda a salvo la distinción; pero esa distinción es relación.

Al buscar la fuente más honda de la dignidad de cada ser humano, nos encontramos con un Dios que es comunidad de tres Personas (el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo) y nos muestra que la dignidad del ser humano se realiza en la comunión. En la Trinidad, nuestros vínculos hallan su fundamento más profundo (50). Ése es el núcleo del mensaje que queremos transmitir.

Podemos notar que se mantiene el contenido de las *Líneas* de 1990: la fe en Jesucristo como fundamento de la dignidad humana. Pero ahora se destaca que no se plantea la dignidad de cada ser humano aislado, sino en comunión con los demás, porque el fundamento último de esa dignidad es comunitario.

En realidad, pocos advierten que las *Líneas* no se centran exclusivamente en Jesucristo. Su núcleo anunciaba exactamente: "La fe en Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que sana, afianza y promueve la dignidad del hombre" (LPNE 16). Ahora, *Navega mar adentro*, en lugar de referirse a Dios Padre, alude a la Trinidad. Tampoco menciona a la fe, porque se prefiere pensar en la vida teológica en su conjunto, presidida por la caridad. Tampoco se habla del "hombre", sino de "cada persona humana".

Para confirmar cuál es el eje transversal y la novedad de este texto, rescato un párrafo donde se comenta el núcleo:

"En un momento de fuerte desintegración, la fe en este misterio es un potencial que fortalece, sana y renueva los vínculos entre las personas" (51).

Así, en las verdades más profundas de nuestra fe, los cristianos descubrimos el fundamento de la dignidad del ser humano, ante todo, de los pobres y excluidos, y allí distinguimos también el fundamento más hondo de nuestra vida en sociedad.

De este modo, se aprecia que el individuo no alcanza su dignidad plena, si no vive con los demás y para ellos. El Dios trinitario que fundamenta su dignidad, lo llama a estrechar vínculos con los demás en la Iglesia y en la sociedad.

Después, se desglosan las dimensiones de este núcleo. Transcribo, a continuación, tres párrafos contundentes de este capítulo que retoman el eje transversal del documento:

"La vocación a la comunión del pueblo de Dios es un llamado a la santidad comunitaria y a la misión compartida, que sólo son posibles por la acción del Espíritu. Toda la Iglesia y todos en la Iglesia estamos llamados a formar comunidades santas y misioneras" (62).

"A partir de la comunión trinitaria, hemos de recrear los vínculos de toda comunidad: a nivel familiar, vecinal, provincial, nacional e internacional" (65).

"Dado que la presente crisis deteriora los vínculos sociales, se hace necesario participar, con imaginación y creatividad, en la tarea de reconstruirlos" (67).

Capítulo 4. Criterios comunes

El cuarto capítulo es una novedad, porque no existía en otros documentos argentinos. Se agregó por la siguiente razón: Solemos no ponernos de acuerdo para realizar las mismas acciones o para tener los mismos proyectos, sin embargo, es indispensable ponernos de acuerdo en algunos criterios básicos que todos deberíamos aplicar en cualquier tarea que hagamos. De esta manera, podremos ir creando un mismo estilo que nos identifique a todos, tanto a los cristianos de Jujuy, como de Corrientes, Córdoba, Neuquén o Buenos Aires. En vano, este documento pondría el acento en desarrollar un profundo sentido comunitario y social, si no se diera el ejemplo, tratando de alcanzar una mayor "comunión pastoral" entre las diócesis y entre las distintas comunidades.

Hace ya varios años que la CEA evita establecer prioridades para beneficio propio. Durante un tiempo, existió la "prioridad juventud", en otra época, la "prioridad familia". Posteriormente, se prefirió poner el acento en la pastoral ordinaria con la diversidad de sus exigencias.

Asimismo, para asegurar que esa pastoral ordinaria sea también orgánica, se establecen cuatro "criterios pastorales" y tres "acciones destacadas". Se procura, de este manera, crear un es-

tilo pastoral común, una "comunidad pastoral" que caracterice a todas las diócesis argentinas y responda a los desafíos actuales.

En verdad, las tres acciones destacadas no son "prioridades", ya que cada diócesis decidirá de qué modo las destacará en su propio territorio, cuál de ellas podrá ser más importante de acuerdo con el contexto de ese lugar y el discernimiento del obispo local y de sus agentes pastorales.

A mi juicio, el mayor aporte a la comunión pastoral de las diócesis argentinas es el de los criterios pastorales, que todas las diócesis se comprometen a aplicar en cualquier tarea que se efectúe, en cualquier plan pastoral que se elabore y en cualquier prioridad que se fije.

Es decir: en cualquier tarea, cada diócesis procurará cuatro cosas:

- * Actuar orgánicamente, procurando que, en la pastoral ordinaria, todos los agentes pastorales se integren en un proyecto diocesano común.
- * Proponer una santidad integral, con sentido comunitario y social.
- * Llegar a todos, convocando a todos, sin excepción.
- * Promover un itinerario formativo gradual, que parta de lo que vive la gente y respete sus procesos.

La prioridad es crear este "estilo pastoral común" y no tanto una opción prioritaria por alguno de los sectores de la pastoral. Cada diócesis y comunidad tendrán sus propios proyectos pastorales y prioridades. Lo importante es que, a cualquier tarea que realicen y planifiquen, apliquen siempre estos cuatro criterios, preguntándose, por ejemplo: ¿Esto que nos proponemos puede ser realmente unificador? ¿Podremos llegar a todos con estas opciones? ¿Estamos teniendo en cuenta lo que inquieta a las personas concretas?, etcétera.

A mi juicio, tanto la pastoral ordinaria y orgánica, como el propósito de llegar a todos convocando a todos, como la decisión de respetar las inquietudes y procesos de las personas, apuntan a consumir el segundo criterio: lograr el desarrollo de una santidad "integral", con sentido comunitario y social. De hecho, se dice que es "la santidad de nuestras comunidades" lo

que "ha de sostener, recrear y potenciar las actividades propias de la pastoral ordinaria" (73), y se indica rápidamente que "todo camino integral de santificación implica un compromiso por el bien común social" (74).

Este criterio de la "santidad comunitaria y social" se desarrolla en las tres acciones que se proponen en el último capítulo.

Capítulo 5. Tres acciones destacadas

En el último capítulo, los obispos proponen tres acciones que deberían destacarse de alguna manera, y que cada diócesis tratará de priorizar según sus circunstancias:

La primera acción es convertir las distintas comunidades cristianas en lugares acogedores, donde se respete la diversidad y todos puedan participar activamente, donde los pobres se sientan como en su casa y donde se enseñe a vivir en comunidad y a compartir los bienes. Se comenta que éste es "el gran desafío de nuestras diócesis" (83), porque sólo así la Iglesia "con el cautivante aroma de su santidad comunitaria, será un signo vivo y creíble en medio de nuestra sociedad" (ibíd).

La segunda acción pastoral es esforzarse para que todos los bautizados lleguen a encontrarse plenamente con Jesús en su Palabra y en la Eucaristía.

La tercera acción es prestar un servicio a la sociedad en crisis ayudando a formar ciudadanos responsables, honestos y justos. Se hará a través de la familia, las instituciones educativas y la difusión de la Doctrina Social de la Iglesia.

Esta acción propuesta está ligada a la autocrítica que aparece en otra parte del documento: "La labor educativa de la Iglesia no pudo hacer surgir una patria más justa, porque no ha logrado que los valores evangélicos se traduzcan en compromisos cotidianos" (38). Se propone entonces fomentar "un estilo de vida ciudadano comprometido en la construcción del bien común" (96).

Las tres acciones destacadas en este último capítulo, en realidad, son tres modos de hacer operativo el segundo criterio pastoral: el de la santidad "integral". Porque esa santidad completa

significa alcanzar la plenitud del encuentro con Jesucristo (acción 2), pero sin separarla de las exigencias comunitarias (acción 1) y de los compromisos ciudadanos (acción 3).¹

Es, una vez más, el eje transversal de todo el documento: la propuesta de una santidad comunitaria y social, o, mejor, de comunidades santas, con profundo sentido social y misionero. Estas notas de "social" y "misionero" impiden que el sentido comunitario se interprete como el sueño de pequeños grupos fraternos encerrados en su pequeño mundo y sin una generosa apertura a la sociedad.

5. Aplicaciones deseables

Alguien interesado en la política podría preguntar: ¿La forma en que hoy debe expresarse este sentido social no debería incluir particularmente una promoción de la política y de la participación de los laicos en ella? Ciertamente, y el documento lo señala expresamente en distintos contextos. Por ejemplo:

"Urge regenerar una convivencia social justa, digna, honesta y fraterna, que sostenga un sistema democrático basado en la verdad, la justicia, la libertad, la equidad y la solidaridad. Esto implica rehacer los vínculos y recuperar la política como servicio al bien común, lo cual ayudará a fortalecer el sistema democrático" (67).

"El itinerario catequístico ha de impulsar la presencia de los laicos en la acción política y en las diversas estructuras de la vida social" (97c).

Como sabemos, es también una cuestión que los obispos han destacado en varias declaraciones recientes, sin pretender proveer orientaciones prácticas sobre política o economía -cosa que no les compete-. Este documento ha preferido ir más a fondo, porque esa participación de muchos laicos en la política no resolverá nada de modo profundo y duradero, si no se asegura

que los políticos, los empresarios y todos los agentes sociales tengan un profundo sentido comunitario y social que les impida contagiarse de los vicios ya existentes en las estructuras de nuestra debilitada sociedad. De hecho, muchos de los católicos que han sido militantes activos en diversos partidos políticos han demostrado escasa pasión por el bien común y también se han enfrascado en pujas sectoriales y en la defensa de privilegios personales, cuando no en acciones corruptas.

Además, este sentido comunitario y social que se procura alimentar y fomentar, también podrá expresarse en diversas formas de participación social (que, no necesariamente, tiene que ser un partido político); pero siempre deberá manifestarse en el cumplimiento de los deberes ciudadanos y en la preocupación permanente y efectiva por el bien común, lo cual requiere también una lucha por reformar las estructuras que no funcionan. Este sentido amplio de "lo político" se presenta, frecuentemente y de diferentes maneras, en el texto y es parte del eje transversal que le da su razón de ser, aunque pocas veces se utilice la palabra "política".

En esta cuestión, como en muchas otras, donde se habría esperado una palabra más contundente y explícita, son las distintas comisiones episcopales las que deberían ofrecer una aplicación del documento a su área específica (catequesis, pastoral social, ecumenismo, etc.). Esa preocupación revelaría hasta qué punto los obispos están sinceramente preocupados por trabajar en comunión. Digamos más: la despreocupación por aplicar lo que ellos mismos han firmado sería una gota más en la amarga copa de la sociedad argentina, donde sobran palabras y falta coherencia.

¹ Tendría más lógica que la primera acción fuera la referida al encuentro pleno con Jesucristo; pero el orden elegido, que nunca fue objetado, muestra hasta qué punto se advirtió la necesidad de poner el acento en el sentido comunitario de la vida cristiana.